

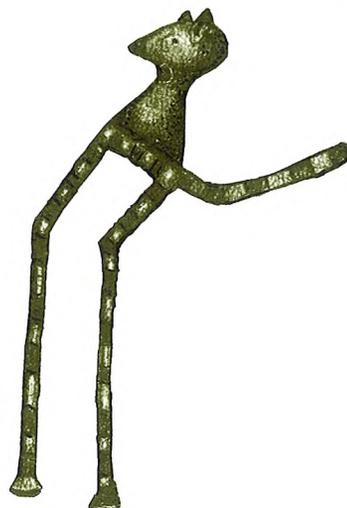


los poetas del cincuenta bajo el signo de Colliure

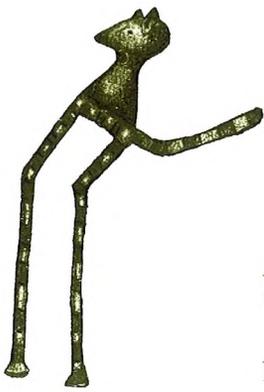
50

■ Araceli Iravedra





**E**n el mes de febrero de 1959 un grupo de poetas españoles cruzaba la frontera pirenaica para reunirse con otros coterráneos en diáspora europea en torno a la memoria de Antonio Machado, evocada por un nombre grabado en una placa del humilde cementerio de Colliure. Acudían llamados por un conjunto de intelectuales franceses que, constituidos en Comité de Honor, firmaban la convocatoria de un homenaje al poeta sevillano en el vigésimo aniversario de su muerte, aunque tras ellos anduviese el Partido Comunista. Y los congregados no desconocían el espíritu de un acto —más político que literario— que quedaba expresamente sugerido en el texto de la circular: “Con motivo del XX aniversario de la muerte de Antonio Machado, se organiza en Francia un homenaje en su memoria. [...] Es ocasión de hacer coincidir en torno al nombre de nuestro gran poeta a los intelectuales españoles separados geográficamente por acontecimientos ya lejanos y cuyas consecuencias es de interés fundamental para España eliminar definitivamente”. Siete de los poetas asistentes iban a integrar el que sería por un tiempo el núcleo más compacto de la generación de los cincuenta; y a Ángel González, José Manuel Caballero Bonald, José Ángel Valente, Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, Carlos Barral y Alfonso Costafreda los acompañaba en el evento Blas de Otero, un ya consagrado “poeta social” cuyo lazo filial los más jóvenes comenzaban a reclamar. Con él posaron en una célebre fotografía que resultó ser mucho más que una anécdota, pues la imagen congelaba una estampa generacional donde, tal vez con escasas concesiones a la improvisación, se retrataban inventando su genealogía quienes pronto serían bautizados como “hijos de Blas de Otero”.



## Literatura política y política literaria

La historia en su dimensión externa es harto conocida. Se ha hablado largamente del cariz político de abierta oposición al Régimen que toma un homenaje que pretende, bajo pretexto de exaltar la figura de Machado, reencontrar a los exiliados de dentro y de fuera, y reunir ante la tumba del poeta “en un abrazo fraternal las dos Españas”<sup>1</sup>. El Antonio Machado celebrado era, en consecuencia, el modelo de entereza moral cuya fe republicana le cuesta la vida, justamente el silenciado por los jerifaltes de la cultura oficial y erigido entonces en símbolo cívico. Un símbolo que —a decir de uno de los protagonistas del encuentro— vibraba principalmente “en su dimensión de futuro, como algo casi exclusivamente creado por la proyección de nuestra propia esperanza”<sup>2</sup>. Representaba para muchos, que asentían a la consigna de reconciliación nacional lanzada por el PCE en los años cincuenta, la encarnación de un espíritu de concordia capaz de congregarse en torno suyo a todos los españoles sin distinción de tendencias, tal como subrayaba por ejemplo Celaya, que glosó este y otros homenajes en distintas publicaciones extranjeras<sup>3</sup>. Para otros era antes que nada el hombre sabedor de una doctrina aderezada con unas gotas de jacobinismo. Y constituía para todos, en virtud de su impecable coherencia con sus compromisos democráticos, que lo llevaron a morir en el exilio, una inmejorable arma arrojada contra la Dictadura. Esta instrumentalización del poeta como piedra de activismo político instituía uno de los falsos apócrifos denunciados por Valente en su clásico ensayo sobre la recepción machadiana: “el Machado convertido en pancarta y propaganda, en campo de pelea, en dogma, batallón y monumento a medias, con olvido de muchas de sus propias palabras”<sup>4</sup> y de buena parte de su legado poético. Y el homenaje francés de 1959 consumaba la canonización del poeta sevillano como “San Antonio de Colliure”, elevado a enseña de la cultura de la resistencia, y devenía un gesto de protesta de los intelectuales contra Franco.

---

1 Claude Couffon, “L’Espagne au coeur”, en Josette et Georges Colomer, *Les poètes ibero-américains et la guerre civile espagnole (1936-1939)*, París, 1980.

2 José Ángel Valente, “Antonio Machado, la Residencia y los Quinientos”, en *Las palabras de la tribu*, Madrid, Siglo XXI de España, 1971, pp. 219-220.

3 Gabriel Celaya, “Nuestro Antonio Machado”, en *Poesía y verdad*, Barcelona, Planeta, 1979, pp. 119-134.

4 José Ángel Valente, “Machado y sus apócrifos”, en *Las palabras de la tribu*, op. cit., p.104.





a cuantos certificasen la vigencia de aquella poética de compromiso postulada en la antología al amparo del poeta sevillano. En efecto, la lista proyectada de autores —a escoltar a los jóvenes serían llamados, entre otros, Celaya, Nora u Otero— revelaba a las claras la voluntad de reunir una plataforma poética de oposición antifranquista, que asintiera a los preceptos de esa escritura “intencionalmente ideológica”<sup>10</sup> preconizada por Castellet. Pero no olvidemos tampoco que la operación de “Colliure” —según aceptará Gil de Biedma después— “era de autopromoción, dirigida contra el grupo de poetas de *Ínsula*, de Madrid, y tácitamente, contra Claudio Rodríguez”<sup>11</sup>, a quien sin embargo no hubo otro remedio que incorporar a la antología, pues su creciente reputación poética no hacía conveniente ni viable prescindir de él para aquella puesta de largo generacional.



Arriba: Blas de Otero, J.A. Goytisolo, Ángel González y José Ángel Valente. Abajo: Jaime Gil de Biedma, Alfonso Costafreda, Carlos Barral y José Manuel Caballero Bonald, Collioure, 22 de febrero de 1959

10 José Ramón Marra-López, “La colección Colliure. Poesía de compromiso”, *Ínsula*, 183 (1962), p. 4.

11 En Jesús Fernández Palacios, “Con Jaime Gil de Biedma, colgados de la poesía” [entrevista], *Fin de siglo*, 5 (1983), p. 70.

Según esto, parece claro que lo que se jugaba en Colliure (incluyendo sus posteriores consecuencias editoriales) trascendía el puro terreno de la estética, o la estética era lo más residual: “Allí se fraguó —recuerda Caballero Bonald— una especie de pacto político-moral-literario”, y ello “aun contando con que nuestras respectivas poéticas no tuvieran muchos puntos comunes”<sup>12</sup>, pese a su ocasional reducción a los moldes elásticos del realismo testimonial. Pues por encima estaba el empeño en un proyecto político de oposición al Régimen —consolidar una literatura de la resistencia— y una cuestión de política literaria —la promoción de un grupo generacional. No puede extrañar que se haya puesto bajo sospecha la fervorosa afición machadista que el grupo reiteraba por estas fechas y que sería luego, por lo demás, debidamente matizada por sus propios integrantes. No cabe cuestionar, pese a la instrumentalización política del personaje, la sincera devoción que en su vertiente ética profesaban a Machado los jóvenes poetas que lo celebran en Colliure. Más problemático, en cambio, resulta asegurar que la “complicidad ética” que produce esta “figura solitaria y civil” aparezca para todos como “menos importante, menos fértil, que sus meditaciones sobre la lírica contemporánea”<sup>13</sup>. Quizás resulte útil perseguir los argumentos de nuestros protagonistas, que habrán de examinarse en relación con las tesis promulgadas por José María Castellet en la antología fundacional, y a la vez con su reflejo estético al menos en los textos publicados en la colección “Colliure”.

## De la tendencia (programática) al estilo (poético)

Las reflexiones machadianas sobre la lírica eran precisamente rescatadas por José María Castellet en el prólogo a *Veinte años de poesía española* como el pilar teórico sobre el que asentaban su tarea estética los nuevos poetas: una generación orientada hacia “una poesía realista que hace suyos, en líneas generales, los postulados que Antonio Machado propugnara”<sup>14</sup>. De ahí que Machado fuera presentado como “maestro indiscutible en los últimos años de la poesía española”, no sólo por “su talla intelectual” o por “su honestidad”, sino ante todo por “el acierto de

---

12 En María Payeras Grau, *La colección “Colliure” y los poetas del medio siglo*, Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears [Caligrama/ Anexos-1], 1990, p. 39.

13 La afirmación es de Luis García Montero, que ya la refería cautamente sólo a “algunos poetas del 50” (en su “Prólogo” a Ángel González, *Antonio Machado*, Madrid, Alfaguara, 1999, p. 35).

14 José María Castellet, *op. cit.*, p. 101.



sus predicciones acerca del futuro de la poesía”, que proclamaban la muerte de la tradición simbolista y su relevo por una suerte de fraternal objetivismo realista: un “retorno [...] a la *objetividad*, por un lado, y a la *fraternidad*, por el otro” que resonaba, a juicio de Castellet, como “profecía cumplida” en la obra de los jóvenes<sup>15</sup>. En realidad Castellet reproducía con escasas variaciones el mensaje de los poetas socialrealistas de la generación anterior, que ya habían vislumbrado en el sustrato teórico de la obra de Machado su fuerte carácter precursor de los nuevos rumbos líricos. Merece ser recordado, por su valor de precedente, un lúcido ensayo de Eugenio de Nora en el que el poeta de *Espadaña*, con diez años de antelación, reconocía en el pensamiento de Machado la legitimación de un proyecto estético orientado a la superación del subjetivismo. Bajo un título elocuente —“Machado ante el futuro de la poesía lírica”—, Nora contestaba la lectura en clave *esencialista* de Antonio Machado servida en los años cuarenta por el discurso oficial; y como haría luego Castellet, acudía a una serie de textos programáticos, postuladores de una poesía objetivista y solidaria, en los que encontraba “la base para la orientación de los poetas actuales” y que convertían a Machado en un clarividente profeta del giro que comenzaba a dar la poesía. Para sus nuevos artífices, que frente a los seguidores de la voz lírica, nostálgica y existencialista del poeta potenciaban sentidos por completo diversos, entendía Nora que Machado había dejado “su más cariñoso y conmovedor saludo: ‘Pero amo mucho más la edad que se avecina y a los poetas que han de surgir, cuando una tarea común apasione las almas’”<sup>16</sup>.

Diez años más tarde, los poetas del cincuenta reunidos en Colliure se sumaban a quienes ya se habían hecho eco del saludo machadiano y se apasionaban al abrigo de su ejemplo en la nueva tarea colectiva de la lucha contra el Régimen. Y bajo el signo de Colliure manifestaban “abiertamente en público” aquella “conciencia poética” que vagamente les hacía converger en un proyecto ético-estético bautizado con el nombre de “realismo histórico”<sup>17</sup>. Esa era la poesía que se propondrían hacer respetar, y todos de acuerdo, iban a hacerlo bajo la égida machadiana. Así pues, obedientes y cómplices de los dictados castelletianos, nuestros poetas se emplearon en una campaña de reconocimiento del que comenzaron a llamar “maestro” sevillano, destacando en sus afirmaciones programáticas la rentabilidad de su pensamiento en la tarea de reconducción de la poesía española

---

15 *Ibíd.*, pp. 55-56.

16 Eugenio de Nora, “Machado ante el futuro de la poesía lírica”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 11-12 (1949), pp. 583-592.

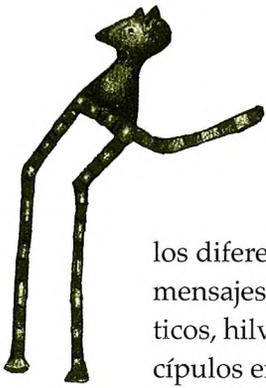
17 José María Castellet, *op. cit.*, p. 100.

en que se hallaban embarcados. Tal vez sea en la antología *Ocho poetas españoles* (1965), a cargo de Rubén Vela, donde hallemos las respuestas más unánimes y firmes de los poetas de Colliure a propósito de su compromiso con el credo realista y —siempre en paralelo— del valor ejemplar del referente machadiano en el desarrollo de su proyecto literario. Se declaran —valga el testimonio representativo de Jaime Gil de Biedma— sin complejos incluidos “en una tendencia más o menos imprecisa que en España, en los últimos años, ha venido denominándose ‘poesía social’”, por más que algunas apostillas desvelen las reservas ante el esquematismo político en que ocasionalmente incurre esta tendencia, así como la voluntad de relativización de sus asertos utópicos. Respecto al papel de Antonio Machado en este proceso, la importancia del modelo poético en la vocación de los jóvenes quedaba ampliamente enfatizada, junto al inevitable ensalzamiento de su envergadura moral. Algunos, como Carlos Barral, ponían el acento en la “actitud moral que don Antonio encarna”, aun sin olvidar “una parte de [su] poesía”. Otros, como Caballero Bonald, mostraban mayor generosidad en la estimación del legado del poeta, pues más allá de “su intachable actitud humana frente a la realidad física e histórica de España”, destacaban “su profético entendimiento de la poesía” y la importancia del *Juan de Mairena* como “el más íntegro y ejemplar espejo de la última poesía española” (por descontado, el lema maireniano de la “palabra en el tiempo” merecía una interpretación testimonial). La comprensión del hombre en su dimensión histórica era para Ángel González la enseñanza capital de un poeta que alteró “definitivamente el enfoque de la poesía”. José Ángel Valente asumía como una marca generacional la vigencia de “la obra en verso y en prosa de don Antonio Machado”, para subrayar especialmente el influjo de su pensamiento en la evolución de la poesía más joven<sup>18</sup>. En resumen, y a tenor de estas declaraciones (no diferentes de otras vertidas aquí y allá), parece que la unánime importancia concedida al ejemplo machadiano se hace residir en proporción análoga en la integridad de su actitud moral y en la clarividencia de su pensamiento estético (del que importa, sobre todo, la noción de la poesía como diálogo con la Historia), encarnado en el *Juan de Mairena* como exponente máximo.

Por las fechas que siguieron al homenaje de Colliure, el discurso programático de nuestro grupo de poetas revela, así pues, su exacta correlación con las premisas de Castellet. Y si reparamos en los poemas conmemorativos que la mayoría dedica por entonces a Antonio Machado, atendiendo a la sollicitación de

---

18 En Rubén Vela, ed., *Ocho poetas españoles: generación del realismo social*, Buenos Aires, Eds. Dead Weight, 1965. Según nota del antólogo, los citados testimonios fueron recogidos entre 1959 y 1961.



los diferentes homenajes que en 1959 recuerdan al poeta, no son muy distintos los mensajes formulados, antes bien configuran una réplica de sus asertos programáticos, hilvanando un repertorio de tópicos que de nuevo conectan a los jóvenes discípulos en el retrato generacional del “maestro”, y revalidan el discurso del crítico catalán. Jaime Gil de Biedma, que asiente desde el título mismo de su contribución —“A un maestro vivo”— al pacto generacional sellado en Colliure, nos devuelve en su interior la consabida imagen del poeta encumbradora de su talante humano y de su impulso moral: “Por ti. Gracias. Porque en ti/ conocimos nuestra fuerza”. Parecidos clichés combina José Agustín Goytisolo en “Homenaje en Colliure”, donde al par que exalta la conducta ejemplar del hombre, enfatiza el valor iluminador de su palabra o su destino de guía generacional: “Y brindo por tu claro/ camino, y por que siga/ tu palabra encendida,/ como una estrella, sobre/ nosotros”. Bajo un título de nuevo revelador, “Lección de literatura”, Ángel González rescata al Machado de “El mañana efímero” para cobijar al amparo de sus planteamientos históricos —que lo erigen en paradigma ético de una generación— un mensaje de esperanza colectiva: “Te escuchamos:/ Mas otra España nace.../ Y te creemos”. La afirmación de las expectativas históricas formuladas en *Campos de Castilla* es en realidad otra de las principales recurrencias de quienes empuñan al poeta de la “palabra en el tiempo”, y también en ella recalca Valente en su doble homenaje machadiano: a la vez que actualiza en un emblemático aserto extraído del elogio a Azorín —“creo en la libertad y en la esperanza”— la fe histórica del maestro, propone a su generación como heredera moral: “Albores de aquel alba / queremos ser”. Caballero Bonald, por su parte, celebra en “La palabra más tuya” la incombustible presencia póstuma de un poeta que pervive en la dignidad de su testimonio vital y en la lucidez de su pensamiento: la mención de los apócrifos machadianos —“Abel/ Martín, Juan/ de Mairena”— consueña con la interpretación castelletiana a propósito de las predilecciones de la joven generación, que se reconocería en el prosista (“el autor del *Juan de Mairena*, del *Abel Martín* y *Los Complementarios*”) mejor que en el poeta<sup>19</sup>.

Como no podía ser menos, el reclamado modelo magistral se proyecta en nuestro círculo de autores en la forma de guiños intertextuales y llamadas paratextuales que, junto a los poemas celebratorios, aquéllos deliberadamente promueven a partir del año clave de 1959. Los vínculos filiales con quien ha sido distinguido

---

19 José María Castellet, *op. cit.*, p. 101. Las composiciones citadas de Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, Ángel González, José Ángel Valente y Caballero Bonald corresponden, respectivamente, a sus libros *Compañeros de viaje* (Joaquín Horta, 1959), *Claridad* (Colliure, 1961), *Grado elemental* (Ruedo Ibérico, 1962), *Sobre el lugar del canto* (Colliure, 1963) y *Pliegos de cordel* (Colliure, 1963).

como mentor generacional se enuncian a través de un diálogo textual que apunta a menudo a la representación del Machado populista y subversivo de *Campos de Castilla*, pero también al profeta del retorno a la objetividad y a la fraternidad. No debe de ser casual, por ejemplo, que en *Compañeros de viaje* (1959), Jaime Gil de Biedma procure aderezar los primeros compases de “Piazza del Popolo” con un eco inequívoco de *Campos de Castilla* (pieza CXXIII); o que a la parte tercera del poema “Desde lejos” le preceda un sintagma, “los gallos de la aurora”, que convoca al Machado más incendiario, el que incita a acudir “con el hacha y el fuego al nuevo día” en el célebre envío de “Desde mi rincón”. El último verso de este poema rotula y clausura también una composición del Caballero Bonald de *Pliegos de cordel* (1963) —“Oye cantar los gallos de la aurora”—, porque esta consigna machadiana que cifraba la esperanza en un cambio histórico se había constituido en lugar común de la poesía social y no sólo filiaba oportunamente el poema, sino que le imprimía un sentido de disidencia política que se enunciaba con la retórica clásica del discurso revolucionario: “reunid/ las herramientas/ y las manos. Hay/ una nueva sed, un hambre/ nueva por debajo/ del tiempo, ya es verdad/ que es de día: oye/ cantar los gallos de la aurora”. José Agustín Goytisolo introduce cada una de las secciones de la serie *Claridad* (1961) con títulos desgajados de la poesía de Machado —“El ayer”, “En el camino”, “Hacia la vida”—, que ordenan obviamente el mensaje del libro conforme al esquema evolutivo y la postura histórica de las composiciones más críticas de *Campos de Castilla*. No obstante, la colección viene amparada con el sello machadiano desde el lema mismo que la rige, un aserto de “Problemas de la lírica” también recordado en el prólogo de Castellet, mediante el cual el autor anticipa y legitima la dimensión de autobiografía colectiva que ha querido conferir a los poemas: “Sin salir de mí mismo, yo noto que en mi sentir vibran otros sentires, y que mi corazón canta siempre en coro”.

Sin embargo, es preciso aceptar que estas comparencias y homenajes particularmente exhibidos en los libros de “Colliure”<sup>20</sup> hacen notoria y manifiesta una voluntad de filiación con el poeta celebrado que no pasa de ser, al fin, precaria y epidérmica. Como ha visto Leopoldo Sánchez Torre, el examen ponderado de los textos conduciría a concluir que “en éstos, las impregnaciones del poeta sevillano, cuando se detectan, son más bien superficiales, [...] coincidencias teóricas aparte”, y ni aun éstas serían “verificables en todos los casos como verdaderas

---

20 Cabe anotar el caso extraordinario de Jaime Gil de Biedma, que prodiga las huellas del “maestro” en *Compañeros de viaje*, su libro más obediente al realismo crítico y a las exigencias de la campaña de lanzamiento colectivo; *En favor de Venus*, publicado en la colección “Colliure” en la avanzada fecha de 1965, ya escapa a los presupuestos creativos que marcaron la sintonía generacional.

*Carlos Barral, J.M. Caballero Bonald, Luis Marquesán, Jaime Gil de Biedma, Ángel González y Joan Ferrater ante la tumba de Antonio Machado en el XX aniversario de su muerte, Collioure, 22 de febrero de 1959.*



deudas de su ideario estético, sino antes bien como signos de una especie de archiestética social que venía elaborándose al menos desde la preguerra<sup>21</sup>. Con todo, parece prudente sostener que en el umbral de la década del sesenta, y mientras duró su militancia en el realismo crítico, los postulados estéticos de Antonio Machado desempeñaron para el grupo una *inmediata* función orientadora de una escritura que se esforzaba por digerir provechosamente al poeta, tras haberlo leído con mucho voluntarismo y “fervorosa predisposición ideológica”<sup>22</sup>. No en vano, si el Machado rescatado por Castellet era propuesto como un abanderado de la reacción antisimbolista, los poetas de Colliure se empeñaron en apartarse por entonces del que calificaban (incluso en contra de su vocación más verdadera) como “caduco simbolismo”, y se aplicaron a una narración clara y exacta de la realidad, en consonancia con “la sencillez expresiva y el lenguaje coloquial de los mejores poemas machadianos”, según de nuevo decretaba Castellet<sup>23</sup>. Otra cosa es que este programa teórico apareciera demasiado a menudo forzosamente sobrepuesto a una educación poética que se nutría sin duda —lo advertía, por cierto, José María Castellet— en las fuentes del simbolismo, de las que muchos de estos autores nunca dejaron de alimentarse y —ahora contra el diagnóstico del crítico— no fueron más que parcial y coyunturalmente abandonadas<sup>24</sup>. Por eso, pese a esa confesada predisposición ideológica que mediaba en la lectura de Machado, éste no podía quedar al menos en algunos sino deficientemente asimilado, y ello “casi por imposición doctrinal”<sup>25</sup>.

En fin, la aventura del “realismo histórico”, corriente que uniformaba a estos jóvenes como grupo y prometía una ventajosa maniobra de promoción conjunta, no fue abrazada por todos con el mismo convencimiento estético. Había en todo caso una entrega sincera a la causa antifranquista, que les implicaba en un proyecto conjunto como ciudadanos y también como escritores. Pero la supeditación de la voluntad artística a los imperativos de las circunstancias no siempre fue resuelta sin contradicciones, y ello, naturalmente, afectaba de pleno a su identificación con la epistemología

---

21 Leopoldo Sánchez Torre, “Contradicciones y melancolías: Caballero Bonald en los años sin excusa”, *Ínsula* [“Colliure, 1959”], 745-746 (2009), e. p.

22 Vid. José Manuel Caballero Bonald, “Un recordatorio”, *Ínsula* [“Colliure, 1959”], *op. cit.*

23 José María Castellet, *op. cit.*, p. 101. Resultan elocuentes algunas formulaciones metadiscursivas del Caballero Bonald de *Pliegos de cordel*, un poeta de clara decantación barroca y simbolista a quien ahora vemos abjurar de una práctica anterior entregada al “vano ritual/ de los emblemas” y al “más insidioso/ alfabeto de símbolos”. Suya es también la expresión “caduco simbolismo” (en Rubén Vela, *op. cit.*, p.29).

24 Vid. José María Castellet, *op. cit.*, pp. 101-102.

25 José Manuel Caballero Bonald, “Un recordatorio”, *op. cit.*



estética del Machado de Colliure. En este sentido, forzoso es distinguir entre un Ángel González o un Goytisolo, autores que revelaron una fidelidad al proyecto realista —y así, también, al referente machadiano— muy por encima de coyunturas históricas, y en el otro extremo, un Carlos Barral, cuya afiliación al realismo crítico no pasó de ser muy anecdótica —y, correlativamente, su obra apenas ofrece indicios de la afición machadista, ni siquiera en el nivel más epidérmico del protocolario homenaje o de la acotación intertextual. En su caso como en el de Caballero Bonald, los postulados machadiano-castelletianos sólo son excepcionalmente acatados en los libros de “Colliure”, que se han visto en el *continuum* de sus obras como raros incisos donde contrarían o violentan su más espontáneo estilo poético. El propio Caballero Bonald ha interpretado con el paso de los años la inclinación observada en *Pliegos de cordel* como un tributo a “la obligación moral suministrada por el ambiente”, y ha reiterado la incomodidad que en este libro le suscitan “los poemas que funcionan como al margen de mis insistentes preocupaciones estéticas”<sup>26</sup>. Otro tanto cabría decir de la fugaz conversión barraliana a las premisas del realismo, que si obedece, según ha sugerido Carme Riera, a su confianza en “las ventajas que aquella maniobra de taller iba a suponerle para su posterior reconocimiento”<sup>27</sup>, también debió de hacerlo a los requerimientos del tiempo histórico.

## Palinodias sin excusa

Es sabido que la destitución del magisterio machadiano se produce paralelamente al progresivo languidecimiento y agotamiento en sí misma, hacia mediados de los años sesenta, de la literatura social, vinculados a un generalizado desencanto de la lucha contra el Régimen. Entonces, el simultáneo abandono de Machado no sólo comienza a leerse en el menguado vigor de los eventos conmemorativos, sino también en la paulatina desaparición de menciones poéticas y vestigios intertextuales (durante un tiempo tan habituales como buscados), o más explícitamente, de las apelaciones al poeta en los textos programáticos de quienes antes se decían sus discípulos. Y así, los autores del medio siglo que en *Ocho poetas españoles* otorgaban un unánime lugar de privilegio a la influencia de Machado han disuelto su uniformidad a la altura de 1968, y en la *Antología de la nueva poesía*

---

26 Tino Villanueva, “Entrevista a José Manuel Caballero Bonald”, en *Tres poetas de posguerra: Celaya, González y Caballero Bonald*, Londres, Tamesis Books Limited, 1988, p. 362.

27 Carme Riera, *La obra poética de Carlos Barral*, Barcelona, Península, 1990, p. 21.

*española*, preparada por José Batlló, matizan, muchos de ellos, la importancia de un ejemplo que acabó por revelarse menos estético que moral. Diluido el gregarismo generacional, Carlos Barral ya resta importancia al magisterio machadiano, y más allá de confesar su escasa devoción personal por “el poeta”, opina cabalmente que el exceso de admiración ha conducido a sobreestimar su influencia real. En rigor, entre los poetas de Colliure, sólo Goytisolo y Ángel González persisten en subrayar el influjo decisivo de Machado en su poesía y también en la española de los últimos tiempos<sup>28</sup>. Y si González aún se muestra aquí tajante al generalizar una influencia que estima no sólo ideológica sino también estética (derivada “tanto de su forma de abordar los problemas estrictamente poéticos como de su manera de interpretar la realidad y de integrarla en su obra”), apreciaciones más distanciadas de los mismos protagonistas, incluido el propio Ángel González, se orientan a dictámenes más ponderados e incluso rigurosos en exceso.

Con el aludido testimonio barraliano para la antología de Batlló —“diré que admiro mucho a Machado, pero que me gusta poco”— se conciertan reiteradas consideraciones del Caballero Bonald de los años ochenta —“la poesía de Machado no me interesó nunca demasiado”, “no pasó de suministrarme una impresión respetuosa”, “no ha dejado en mi obra ninguna huella especial”<sup>29</sup>— que rectifican viejas consignas generacionales sin concesiones a la coartada exculpatoria. Pero sin duda el más severo juez de los vínculos trabados por el grupo del cincuenta con Antonio Machado ha sido Jaime Gil de Biedma, quien no pierde ocasión de desenmascarar los intereses latentes en tan pertinaz y ostensible culto al poeta en los momentos del despegue generacional. Y en verdad, del oportunismo implícito en esta apropiación, o de la forzada búsqueda de un parentesco que convenía entonces como estrategia promocional, habla bien a las claras la suerte que corren con los años algunos de los muchos homenajes y préstamos textuales promovidos por entonces, cuyo rastro a menudo se hace desaparecer en posteriores reediciones de las obras del grupo, ya liberado de la tiranía magisterial autoimpuesta. No puede ser más elocuente la anotación de Gil de Biedma a propósito de la exclusión de “Desde lejos” a partir de la primera edición de *Las personas del verbo*: “De la sección tercera y final [de *Compañeros de viaje*] he suprimido un poema, ‘Desde lejos’, en el que deliberadamente conspiré para enmascarar la influencia de Jorge Guillén con imitaciones y collages de Antonio Machado. Su deshonestidad hace

28 Vid. “Apéndice II”, en José Batlló, ed., *Antología de la nueva poesía española*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968, pp. 323-365.

29 Vid. Tino Villanueva, *op. cit.*, pp. 358 y 361, y José Manuel Caballero Bonald, “Pensador irónico”, *El Día de Baleares* (Suplemento cultural dedicado a Antonio Machado) [19 de febrero de 1989], p. 5.



ya muchos años que me causa rubor”<sup>30</sup>. También resulta sintomático que las resonancias machadianas quedasen borradas de una reciente reedición de *Claridad* (1998), de José Agustín Goytisolo, al ser sustituidos los primitivos epígrafes ordenadores (y, con ellos, el mensaje programático de resabio machadiano y designio sociohistórico) y al desaparecer asimismo el lema orientador de “Problemas de la lírica”. No obstante, si Gil de Biedma prescindía además de la ritual —y no menos endeble— composición celebratoria, Goytisolo no se deshace del sincero homenaje poético y únicamente se sustrae a la estricta disciplina generacional que demandaba el consabido condimento machadiano. En el caso de Valente, sólo uno de sus dos homenajes de *Sobre el lugar del canto* se mantiene en la edición de su poesía completa: cabe pensar que el criterio de calidad presidió una labor de criba a la que no sobrevivieron ni la circunstancialidad ni las adhesiones sentimentales de insegura elaboración. Por lo que atañe a Caballero Bonald, las confesiones arriba transcritas no fueron razón suficiente para que “La palabra más tuya” no resultase una de las composiciones conservadas en su muy revisada versión de *Pliegos de cordel*, que renuncia en cambio a otras reminiscencias.

Al final, no parece que todo haya sido calculado interés ni, menos aún, falsa admiración; ni tampoco ésta se redujo al contorno humano del poeta. El propio Gil de Biedma recordaba a don Antonio, en un nada sospechoso 1983, como “un grandísimo poeta que he leído mucho y que releo constantemente”<sup>31</sup>; no por azar, presidiendo nada menos que su poesía completa nos topamos con los memorables versos de “Consejos”, un detalle que ha conducido razonablemente a suponer que tal vez el poeta catalán “se cansó más del culto hiperdúlico a Antonio Machado que de Machado en sí”<sup>32</sup>. Si no es deslumbramiento estético lo que Machado suscita en Caballero Bonald, también éste con los años acierta a aquilatar el alcance de un respeto literario que en su caso afectó a “los contenidos” antes que a “los procedimientos”, y el sentido de un ascendiente que se orientaba al pensamiento moral y a la conducta humana del personaje civil<sup>33</sup>. A los contenidos más que a los procedimientos parece apuntar también la estimación valentiana del ejemplo de Machado, cuando el poeta lo sitúa entre los “artífices de una nueva conciencia del problema español [...] que les hizo sacrificar la solemnidad un poco inerte de la letra a la virtud contaminadora de la palabra”<sup>34</sup>. Aunque, en verdad,

---

30 Jaime Gil de Biedma, *Las personas del verbo* (1975), 7ª ed., Barcelona, Seix Barral, 1993, p. 177.

31 En Jesús Fernández Palacios, *op. cit.*, p. 70.

32 Ángel L. Prieto de Paula, “Jaime Gil de Biedma ¿bajo advocación machadiana?”, *Ínsula* [“Colliure, 1959”], *op. cit.*

33 En Tino Villanueva, *op. cit.*, p. 361.

34 José Ángel Valente, “Antonio Machado, la Residencia y los Quinientos”, *op. cit.*, p. 219.

Valente se cuenta entre los más afortunados legatarios de un Machado integral que rebasa los contornos del poeta de Colliure; no en vano con el tiempo iba a distinguir entre “el bastardo ajeteo de las apreciaciones contagiadas, la moda [...] y su vaivén sonoro”, y una forma de fidelidad a los maestros personalmente escogidos y reinventados, fundadora de un diálogo de por vida, en la que asentaba su vínculo con el poeta sevillano<sup>35</sup>. La personalidad creativa de José Agustín Goytisolo, responsable de que la sintonía con Machado asimismo se prolongue cuando ya no es imputable a maridajes ilegítimos ni al capricho de las modas, conduce a este poeta a señalarlo todavía en 1998 como “punto de referencia clave en mi poesía y en mi vida”<sup>36</sup>. Pero el más aventajado discípulo resultó ser Ángel González, cuyo aprecio por Antonio Machado se amplifica al paso de los años hasta llegar a disertar, en su discurso de ingreso en la Real Academia, sobre quien estima “el poeta español más importante de este siglo”<sup>37</sup>. Más allá del ejemplo de sus virtudes cívicas, González supo rentabilizar como ninguno las soluciones machadianas a los problemas estrictamente estéticos, evaluadas por cierto con extraordinaria lucidez en los numerosos trabajos críticos consagrados al poeta; y aquí sí, el persistente y sólido ascendiente que el maestro ejerció sobre el discípulo se verifica en la incidencia en la poesía del segundo de las reflexiones machadianas sobre la lírica.

Precisamente a Ángel González, que se ocupó de valorar la fortuna y el calado de las lecciones de Machado en las generaciones que le siguen, corresponde el dictamen más escéptico, y uno de los más atinados, sobre la recepción de su escritura: por virtud de una lesiva pretensión exclusivista que condujo a mutilar su cuerpo lírico, entre otras desviaciones lectoras, el poeta sevillano “acabó teniendo admiradores pero no discípulos”, e “influyó tarde o mal en sus pretendidos continuadores”<sup>38</sup>. Descontando un punto de rotundidad, comprensible en un lector exigente con sus devociones, esta conclusión que González firmaba en 1975 vale también en su conjunto para aquellos poetas que viajaron a Colliure: la alianza sellada con Machado por el grupo del cincuenta en aquella coyuntura fundacional se sostenía sobre una lectura que ni era integral ni era profunda, sino apasionadamente parcial y apresurada y, es forzoso decirlo, rehén de su peaje

35 José Ángel Valente, “Machado y sus apócrifos”, *op. cit.*, p. 102.

36 En Araceli Iravedra, “José Agustín Goytisolo y Antonio Machado: más allá de un pacto generacional”, en *Actas del I Simposio Internacional J. A. Goytisolo*, Universitat de les Illes Balears, 2005, p.134.

37 Ángel González, “Las otras soledades de Antonio Machado”, en *Antonio Machado, op. cit.*, p. 294.

38 Ángel González, “Antonio Machado y el discurso dialéctico”, en *Antonio Machado, op. cit.*, p. 149.



a la oportunidad histórica. Pues, en recapitulación ceñida de Caballero Bonald, este grupo “trató de buscar en Machado el modelo ‘literario’ a través del modelo ‘humano’, haciéndole cabeza visible y símbolo de una intencionalidad poética que las circunstancias de la época condicionaban”<sup>39</sup>. Quizás cualquier magisterio acabe por ser, como pensaba Mairena, cría de cuervos, que vendrán un día a sacarnos los ojos. Pero como todo tiene a su vez —bien lo sabía él— su “sin embargo”, es justo defender que este “apócrifo falso” forjado en Colliure no debe juzgarse construcción deshonesta, sino una “forma de necesidad” del que se ve obligado en trances difíciles a inventar una estirpe<sup>40</sup>. Al fin, seguramente Machado habría soñado a nuestros batalladores poetas en el premonitorio saludo recordado por Nora, y a la interpelación generacional expresada por uno de ellos —“Dinos [...] / si en tu sueño nos reconoces, / si en el descenso de los ríos / que combaten por el mañana / nuestra verdad te continúa, / te somos fieles en la lucha”<sup>41</sup>— habría respondido con un guiño indulgente.

---

39 En José Olivio Jiménez, *La presencia de Antonio Machado en la poesía española de posguerra*, Lincoln, Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1983, p. 178.

40 Cfr. José Ángel Valente, *op. cit.*, pp. 103-104.

41 José Ángel Valente, “Si supieras”, en *Sobre el lugar del canto*, Barcelona, Colliure, 1963.